

SUMARIO

Bases de nuestra organización militar.—La última guerra según los alemanes, por *.—Port-Arthur, (continuación), por el Capitán Barmin.—Escudos para infantería, por J. F. H.—El cuidado de los pies del soldado, por C. R. Bradley, teniente R. A. M. C.

BIBLIOTECA

Pliego 40 de **Geografía Universal**, por D. Luis Trucharte y Villanueva, comandante de Infantería.

Pliego 20 de **Napoleón, jefe de ejército**, por el general alemán conde de York.

Pliego 2 de **Los tiros colectivos**, por A. Collon, comandante de Artillería belga.

Pliego 3 de **Geografía é Historia de Menorca**, por D. Lorenzo Lafuente Vanrell, primer teniente de Infantería.

BASES DE NUESTRA ORGANIZACIÓN MILITAR

II. EL LITORAL DE LA PENÍNSULA

Si el problema africano nos impulsa á mantener en las costas andaluzas un fuerte contingente de tropas, como base de un cuerpo expedicionario al que se le encomiende una misión ofensiva, es menester, al mismo tiempo, no perder de vista que la plaza de Gibraltar, cuya única compensación es la nuestra de Tarifa, impone la presencia de otro cuerpo de observación, ampliamente dotado de artillería y apoyado en buenas defensas. Teniendo esto en cuenta, la agrupación general de las guarniciones de Andalucía satisface aquella necesidad, aunque su efectivo convendría fuese mayor, tanto en infantería, como en caballería y artillería, en particular en esta última arma.

La Comandancia General del Campo de Gibraltar es indudablemente un organismo necesario y que obedece á una necesidad real y efectiva. Con todo, entendemos que la idea que le sirvió de origen no ha llegado á su completo desarrollo, y que dicha Comandancia General, limitada á un fin puramente defensivo, debe disponer de más fuerzas propias, sin involucrarlas con las que acaso hayan de operar allende el estrecho.

Otra región importantísima es la gallega. La organización militar debe responder á todas las contingencias de la política internacional, aun las más improbables, pues en ciertos momentos las naciones solo se inspiran en su propia conveniencia y obran como pueden y no como quieren, Galicia debe estar á cubierto, no ya de un ataque general, sino de

un golpe de mano enderezado á tomar posesión de uno ó varios de los excelentes fondeaderos que abundan en las rías bajas de aquella comarca; lo cual obliga á mantener en ella una fuerte guarnición que pueda obrar por sí misma, con mayor motivo si se tiene presente lo deficiente que es la red de ferrocarriles del NO. de España. Y no tan solo es Galicia un pedazo de territorio de gran precio en manos de una potencia marítima, sino que á la vez constituye una poderosa amenaza contra cualquier empresa que se intentara desde Portugal hacia el centro de la Península. Para este doble objetivo es menester un cuerpo de ejército, única manera de que los puntos importantes estén bien asegurados, y de que podamos obrar con eficacia, ofensiva ó defensivamente, desde el primer momento.

Por este motivo, reputamos altamente beneficiosa la reciente reorganización, en virtud de la cual se devuelve á la Capitanía General de Galicia la plenitud de sus funciones, evitándose que los cuerpos dependan de otro centro muy alejado. Pero no basta, porque para que esas funciones puedan llevarse á cabo es necesario que haya fuerzas suficientes, sin las cuales las órdenes más rápidas y acertadas son siempre ineficaces.

En el concepto defensivo, el ataque de una escuadra y un desembarco local no se repelen con tropas, sino con cañones y fortificaciones. No obstante, con ser muy corta la dotación de las tres armas, nos parece de todo punto insuficiente la de caballería y artillería, y necesarias algunas compañías de ingenieros.

El litoral del Cantábrico solo requiere fuerzas de observación, pues, salvo en la parte inmediata á la frontera francesa, el resto no corre peligro de ser atacado seriamente, y un desembarco en él no puede tener otro objeto que el de una simple diversión ó producir determinado y concreto fin moral y material.

En análogo caso se encuentra el litoral del Mediterráneo, aunque reviste mayor importancia, como base de las comunicaciones baleáricas una parte de él, de las comunicaciones africanas otra parte, y por constituir una base secundaria de operaciones el trozo de costa abierta próximo á Francia. Desde estos puntos de vista, el interés militar se resume en la bahía de Rosas, Barcelona, Valencia y Cartagena. La bahía de Rosas queda á su vez comprendida en la región fronteriza con Francia, de cuyo sector oriental es Barcelona el centro. Se deduce por consiguiente, que desde Barcelona á Almería las fuerzas militares, en lo que mira á complicaciones internacionales, pueden ser escasas y estar concentradas en pocos puntos sobre las vías férreas del litoral.

Los recuerdos de nuestras discordias intestinas se oponen á que se debilite el contingente de tropas que actualmente guarnece esta zona; pero es fácil observar que la distribución de ese contingente no satisface por completo las necesidades que debería llenar en caso de un alzamiento.

to, y que tal vez la artillería de montaña prestaría más útiles servicios en el Maestrazgo que en Galicia. La plaza de Cartagena, por ser una de nuestras bases marítimas, debería constituir un Gobierno militar relativamente autónomo, análogo, aunque en menor escala, al actual Campo de Gibraltar.

LA ÚLTIMA GUERRA SEGÚN LOS ALEMANES

No puede negarse que el ejército alemán es un organismo fuerte y envidiable, aunque *no un modelo digno de ser imitado ciegamente en todos sus detalles*, y que los escritores profesionales de aquel imperio discurren generalmente con lucidez, discreción y acierto. Sin embargo, hace algunos años viene ocurriendo que las teorías alemanas no revisten aquel carácter de generalidad que dió tanto renombre á ilustres tratadistas, sino que se plantean, exponen, compendian y aplican teniendo fija constantemente la vista en las fronteras del O., hasta el punto de que, en el orden militar, todos los esfuerzos de Alemania se resumen en un problema concreto: vencer á los franceses, el día, próximo ó lejano, más próximo que lejano, en que ambas potencias lleguen á las manos. De donde se infiere que muchas teorías alemanas no tienen ningún valor fuera de Alemania, y que esas mismas teorías sufrirían radical é inmediata transformación si los franceses, prescindiendo de las complicaciones y discusiones interiores, á que son tan aficionados, pusieran más atención en las cuestiones militares y sacudieran la sugestión en que les tienen sus vecinos. Pero como esa sugestión se extiende, por desgracia, mucho más allá de los dos países, consideramos oportuno llamar la atención de nuestros lectores sobre un punto que en los momentos presentes está siendo debatido por toda la prensa militar.

Recientemente, el Grande Estado Mayor alemán ha publicado una relación del sitio de Port-Arthur, escrita en aquel lenguaje sobrio, preciso, contundente y claro en que son maestros los alemanes. Esta circunstancia y la de haber dado á conocer muchos pormenores que los japoneses habían ocultado cuidadosamente, y principalmente la de la elevada procedencia de donde ha partido, han sido causa de que la opinión militar se haya dejado impresionar por el relato alemán y aceptara, poco menos que como axiomas inconcusos, las conclusiones, á todas luces tendenciosas é inexactas, del folleto.

En primer lugar, aceptando como aceptamos—puesto que los japoneses no han publicado la historia del sitio—todos los datos y descripciones relativas al ejército sitiador que figuran en la relación alemana, rechazamos, por no ajustarse á la verdad, muchos de los mismos datos y descripciones relativas al ejército sitiado, por discrepar de las que han

dado á conocer los oficiales que sirvieron á las órdenes de Stessel. Indudablemente, para redactar su relación el Grande Estado Mayor se ha valido principal, y aún casi exclusivamente, de las observaciones y noticias recogidas por los agregados militares al cuartel general del general Nogi, explicándose las inexactitudes y la pobreza relativa de las informaciones sobre el ejército sitiado, por el hecho de que no habia agregados militares al cuartel general del general Stessel.

Con todo, la parte expositiva de la relación es un trabajo de indiscutible mérito. Pero, el Grande Estado Mayor alemán, que tan concienzudo se ha mostrado siempre, pecando de lentitud antes que de diligencia, ¿por qué ha modificado su tradicional proceder, y durante la última guerra se ha apresurado á publicar las descripciones de las principales batallas, aún exponiéndose á cometer errores y á que se le pudiera acusar, como con razón se le ha acusado, de haberse equivocado en sus relatos y en sus juicios? Y ¿por qué ha pretendido historiar el sitio de Port-Arthur, no poseyendo datos suficientes, y desconociendo por completo algunos de los más importantes? La explicación es tan sencilla como lógica, y se encuentra á las claras en las conclusiones ó deducciones del folleto. Port-Arthur, plaza de guerra *relativamente* fuerte, no moderna, mal artillada y con escasísimas defensas permanentes, hizo frente durante meses y meses á un ejército numeroso, de extraordinaria bravura y que pretendía aplicar los métodos alemanes. La importancia de las plazas fuertes iba así lógicamente á acrecentarse de un modo extraordinario, y por consiguiente la nación que las poseyera modernas y bien situadas se apresuraría á sacar todo el partido posible de ellas. Y como Francia las tiene en su frontera oriental, y las había menospreciado en estos últimos años, urgía demostrar que las fortalezas son ineficaces, con objeto de que los franceses no rectificasen sus ideas, y que el ataque rápido y enérgico las dominará siempre, con el fin de que el ejército alemán no se deje impresionar por la resistencia que pueda encontrar al dar sus primeros pasos en territorio enemigo. A estos dos objetos se encamina la labor del Grande Estado Mayor alemán, el cual cumple así el primero de sus objetivos: la preparación de la victoria, aunque para ello haya de sacrificar en parte su gloriosa reputación de imparcial y veraz.

Porque verdaderamente sorprende que los alemanes continuen obstinados en asegurar que los métodos rápidos de ataque dan siempre los resultados apetecidos. Si los japoneses no los obtuvieron en Port-Arthur fué por insuficiencia de medios; pero esos medios, siguiendo las teorías alemanas, son tales y tan grandes, que sólo su conducción y situación frente á la plaza exigirá tiempo más que sobrado para justificar la existencia de ésta y detener y paralizar la invasión.

Tampoco se explica que el Grande Estado Mayor alemán pase pocos minutos que en silencio los memorables episodios de la guerra de minas,

y se atreva á sostener que es inútil ó de escasa utilidad un sistema de contraminas en una plaza fuerte. Hubiera descrito y relatado todo lo que en este concepto aconteciera en Port-Arthur, y entonces se prodria argumentar y discutir; pero callar lo que no conviene, pasar como sobre ascuas por los sucesos más salientes, y luego pretender deducir conclusiones contrarias á los hechos, es empeño inútil y que no puede extraviar el juicio de los que no estamos obsesionados por el poderío germánico.

El Grande Estado Mayor alemán inculpa á los japoneses por no haber sabido preparar y conducir bien los asaltos, y atribuye á esta falta el fracaso de los ataques á viva fuerza, y no al brillante papel desempeñado por la fortificación. Olvida dicho alto organismo al expresarse en estos términos, lo que ocurrió en el último periodo del sitio, y que aparece descrito en el folleto, cuando los japoneses habían aprendido, no de sus profesores alemanes, sino de la amarga experiencia, que es una maestra sin igual, y sin embargo siguieron viéndose detenidos por obstáculos artificiales á los que los alemanes atribuyen poco valor.

Las defensas accesorias, alambradas y pozos de lobo principalmente, que tanto dieron que hacer á los sitiadores, aparecen en el relato alemán como reparos insignificantes, casi nulos; y de la misma manera son desatendido otros detalles y medios técnicos llamados á tener gran desarrollo.

En lo relativo á la acción de la artillería, el folleto alemán es bastante completo y contiene muchos datos inéditos ó poco conocidos. Mas, aunque de esta acción se deducen, en el trabajo que nos ocupa, algunas enseñanzas de indiscutible alcance, se echa de menos el análisis de una, cuya importancia no puede desconocerse. Habiendo sido sumamente certero el fuego de la artillería japonesa, y numerosísimos los impactos en todas las obras de defensa ¿cómo pudieron éstas seguir desempeñando su papel y detener el empuje de las columnas de asalto? Materia es esta sobre la que los agregados militares alemanes, que siguieron de cerca la acción de la artillería y visitaron, después de capitulada la plaza, los fuertes, baterías, reductos, lunetas y demás obras, podían haber dado mucha luz, por interesar á la artillería, á los ingenieros, y á la infantería, que es quien defiende las plazas fuertes; sin embargo, el folleto es muy conciso en este particular.

En lo que estamos de acuerdo con el Grande Estado Mayor, y aún llevamos más allá su conclusión, es que el principal valor de las plazas fuertes es el gobernador y la guarnición, en una palabra, el hombre. Pero no hay duda que este hombre, cuando está bien protegido centuplica sus fuerzas, y puede hacer frente con éxito á un enemigo cuyo único medio de victoria es la ofensiva absoluta.

No siempre los alemanes se han valido de esa ofensiva para triunfar. Por brillantes que sean las campañas del 66 y 70-71, no pueden desvanecer los recuerdos de otras más lejanas, aunque no menos famosas. Sin

embargo, bien está, y desde el punto de vista alemán merece caluroso elogio, que si los alemanes ven la victoria en una guerra de invasión y se consideran más fuertes en campo abierto, ensalcen y ponderen hasta el último límite las excelencias de la ofensiva absoluta, con lo cual vigorizan su moral y quebrantan la del adversario. Pero los que no somos tan fuertes y, por consiguiente, no podemos imitar los métodos germánicos, debemos procurar no dejarnos guiar por esas teorías engañosas, y aceptar de la defensiva cuanto tenga de bueno, como preliminar y primera fase de una ofensiva juiciosa y oportuna; no absoluta. No otra cosa hicieron durante siglos los mismos alemanes.

*

PORT-ARTHUR

(Continuación)

Trabajos ejecutados por el cuerpo de ingenieros en el sector defensivo comprendido entre la batería letra A y el fuerte número 3 (sector N), inclusive, en el año 1904.

Los toneles se colocaban á la manera de cestones, rellenos de tierra. También se pusieron toneles en nichos para las granadas y municiones de artillería, situándolos en dos filas separadas una de otra 1.20 á 1.50 metros, y perpendicularmente á la magistral; se les recubrió con tablas en un espesor de 6 á 8 centímetros, y encima tierra. Aunque los nichos no protegían completamente los proyectiles de artillería de las granadas enemigas, los resguardaban muy bien de los agentes atmosféricos. Por lo demás, la disposición de dichos nichos era muy sólida y tal como aparece en los dibujos de las baterías. Los sacos y toneles, que formaban excelentes revestimientos, adolecieron de un grave defecto, el de exigir frecuentes reparaciones, primero, porque la acción de las lluvias los destruía, y luego porque no siempre se hacía de ellos el debido uso.

Para la construcción de blindajes sirvieron viguetas chinas, de un diámetro aproximado de 25 á 33 centímetros y una longitud de 2.56 metros. La anchura del blindaje quedó impuesta por la longitud de las viguetas: debiendo éstas estar apoyadas unos 20 centímetros en cada cabeza, la luz de aquél resultaba de unos 2.10 metros. Los blindajes eran horizontales ó inclinados, según las circunstancias. Estos últimos se acomodaban muy bien á las murallas chinas. En la adjunta figura 1, se ve el corte de uno de esos blindajes.

En otras figuras aparecen los blindajes horizontales. El espesor de la capa de tierra tendida sobre el blindaje fué de unos 90 centímetros, que se estimó bastaba contra los proyectiles de 12 y 15 centímetros. Sin em-

bargo, ese espesor no resultó suficiente, por la naturaleza especial de la tierra empleada.

La experiencia de los combates demostró que la tierra blanda daba malos resultados, por lo que se la recubrió con una capa de piedras en

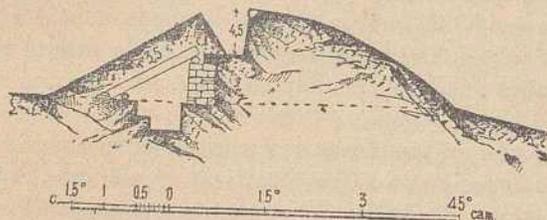


Fig. 1

un espesor de 30 centímetros, ó con planchas de palastro de 1 á 2.5 centímetros. Por estos procedimientos quedaron reforzados los blindajes, y resistieron el fuego enemigo, porque si bien la explosión de las granadas formaba embudo en las tierras, ese embudo no alcanzaba todo el espesor de la masa cubridora.

A poco de comenzados los trabajos se tropezó con una grave dificultad: la carencia de medios de transporte en número suficiente, es decir, la falta de carros para el transporte de los materiales, y en particular de las viguetas para blindajes, desde la ciudad á las posiciones. La distancia á recorrer era, como promedio, de 7 á 8 kilómetros, por caminos que pasaban lejos de las posiciones por servir de comunicación á las localidades habitadas. De ordinario se atalajaba un caballo á cada carro en que se transportaban dos viguetas, y solía hacer tres viajes, rara vez cuatro, al día. Admitiendo para el cálculo que en cada blindaje de 2.13 metros entraran 7 viguetas, se deduce fácilmente el colosal número de carros que hubiera sido menester tanto para la conducción de aquellas, como para la de los demás materiales de los blindajes y repuestos, y de los almacenes de pólvora, alzados junto á las piezas navales. Por disposición de la Comandancia de Ingenieros, estos últimos no se pusieron lo bastante alejados de las obras. Los propietarios, chinos, de los carros, exigieron por el alquiler de éstos un precio exorbitante, de manera que los vehículos chinos empleados fueron muy pocos. La insuficiencia de medios de transporte resultó una gravísima contrariedad.

El efectivo, relativamente pequeño de la guarnición que debía defender las fortificaciones, impuso el carácter y desarrollo de la defensa. Esta hubo de ser puramente pasiva, pero procurando prolongarla todo lo posible. Por este motivo y la urgencia del caso, convenia dar grande amplitud á las defensas accesorias y á los locales á prueba del fuego enemigo. Las defensas accesorias se tendieron de mar á mar, y en algunos

sitios en dos filas. El único material existente en la plaza para la confección de las defensas accesorias era el alambre.

Las existencias de ese material en la plaza resultaron insuficientes. Para que la defensa no dejara nada que desear hubiera sido menester disponer la alambrada en tres órdenes de piquetes, dándole por lo menos una anchura de 3.20 metros. No pudiéndose considerar efectivo el cerramiento si se le daba menos anchura, hubo de emplearse toda la dotación de alambre que había en Port-Arthur, pero ni aun así hubo bastante.

Ya antes de que los japoneses estrecharan el cerco de la fortaleza se propuso la construcción de vallas eléctricas de alambre. A este efecto se llevó á Port-Arthur, desde Dalni, una máquina eléctrica trifásica que trabajaba á 3.000 voltios; de suerte que el fluido eléctrico se empleó como elemento defensivo. La idea era en extremo ingeniosa, pero en la práctica no dió los frutos apetecidos, por deficiencias de los recursos que poseíamos.

En esencia, la organización de la defensa mencionada fué la siguiente. Delante de la red de alambradas ordinarias que ceñían las posiciones de infantería, se extendió otra que constaba de tres órdenes de redes de alambre de cobre no recubierto, fijas á aisladores de porcelana, sujetos á su vez á postes de madera. La primera fila, la más inmediata al enemigo, sobresalía del terreno unos 45 centímetros, la segunda 75, y la última 1.05 metros. Las tres filas se unían entre sí por otras tres redes de alambre. La anchura general del obstáculo así formado medía 4.25 metros. Las filas se dividían longitudinalmente en trozos que formaban circuitos diferentes, enlazados por medio de alambres recubiertos con estaciones organizadas de trecho en trecho al abrigo de la muralla china, en blindajes. Las estaciones se alimentaban á su vez, por cables de bronce, con la estación central. Los cables de alimentación, recubiertos, fueron enterrados en el terreno, con objeto de que no los pudiera destruir la explosión de las granadas enemigas.

En mi sector había dos estaciones secundarias ó intermedias: una en la batería letra A y otra en la obra de posición número 2.

La situación muy alejada de las estaciones intermedias, obligaba á dar gran longitud á los diferentes circuitos y hacía que todo el sistema dependiera de la buena ó defectuosa marcha de la estación de Port-Arthur, la que además había de servir para dar fuego á las líneas de fogatas.

De este modo, la ruptura de uno de los cables de alimentación ó una avería en uno de los de derivación, dejaban sin funcionar todo el sistema ó una parte de él. Esta contingencia se presentó el primer día de bombardeo; en la noche del 6 al 7 (19 á 20) de Agosto, las dos estaciones á mi cargo no funcionaron, sin que fuera posible reparar las averías ocurridas.

No solo no se realizaron las grandes esperanzas que se habían fundado en las alambradas eléctricas, sino que desempeñaron un papel desventajoso. Habíanse explicado á las clases y soldados, los terribles efectos del fluido eléctrico al ponerse una persona en contacto con la red, pero aun así hubo accidentes que lamentar, y de ello se originó un acentuado y natural temor en la tropa, que rehuía el acercarse á las alambradas, y fué causa de que se establecieran centinelas durante la noche para que nadie se acercara á los conductores; las centinelas eran vistas por el enemigo, y éste se acercaba imperceptiblemente en pequeños grupos á nuestras posiciones y emprendía ataques nocturnos sin necesidad de recorrer grandes distancias, guiado por la silueta de nuestros centinelas. Menos mal, sin embargo, que el deterioro y averías de los cables fueron oportunamente advertidas, y todas las compañías, comprendiendo lo peligroso de la red, se abstuvieron de acercarse á ella, lo cual permitió alejar las guardias, por ser inútil ya el preservar las alambradas de la aproximación de nuestros soldados.

Pasemos ahora á la descripción de los trabajos que se ejecutaron en mi sector durante el periodo de movilización. Antes es conveniente dar á conocer el estado de las fortificaciones en el momento de la declaración de guerra, empezando por el ala derecha:

1. La batería letra A quedó terminada en lo esencial y armada, en el periodo de movilización. Faltaba poner las puertas acorazadas en los almacenes de pólvora y abrigos para los sirvientes, y terminar los pequeños repuestos para los proyectiles y cargas junto á las piezas.
2. La obra de posición número 2 no existía en realidad, y la parte de la muralla china de que aquella dependía estaba medio en ruinas á consecuencia de la acción de los agentes atmosféricos, sin que se hubiesen hecho reparaciones en ella.
3. La batería letra B estaba terminada en lo esencial y armada. Faltaba poner las puertas acorazadas de las casamatas, y poner los manteletes acorazados en aspilleras y nichos.
4. En el lugar donde se construyó la luneta de Kuropatkin, había un trozo de muralla china casi en ruinas.
5. El fuerte número II distaba mucho de estar concluido. El cuartel de gola con salida al patio interior del fuerte, y la puerta principal que conducía al patio interior del frente de gola, no estaban construidos en lo relativo á las fábricas de hormigón. En igual estado se encontraban parte de la caponera y de la galería de contraescarpa, proyectadas para batir el foso de la gola. Los talleres de hormigón ocupaban el glasis. La explanación del fuerte no se hizo de modo que el trazado se ajustara á los declives de la ladera, por lo que delante del parapeto quedaba un vasto espacio muerto. La red de drenaje, toda de hormigón, no se había empezado, y por consiguiente para ejecutarla fué menester acarrear

grandes volúmenes de piedra. Tampoco estaban terminados los cimientos de hormigón, del cuartel de gola, y parte del foso del lado izquierdo del frente de gola y este último frente no existían. En el ángulo izquierdo de la gola, apenas estaba [empezado á excavar el foso, y por consiguiente no existían las galerías de contraescarpa.

6. La *caponera* abierta número 2, no existía.

7. En el lugar destinado al reducto número 1, únicamente se alzaban las ruinas de una antigua batería china y débiles restos de un atrincheramiento para infantería, delante de la posición de artillería.

8. La *caponera* abierta número 3 tampoco existía.

9. La construcción del fuerte número III se encontraba en igual estado que la del número II. Estaba excavado el foso y preparado el lugar para las casamatas de hormigón. No existía el parapeto. Para que cupieran los blindajes era menester elevar mucho el parapeto ó rebajar el glasis. Todo el fuerte debía ser tallado en terreno de roca, por lo cual se imponía el acarreo de grandes volúmenes de tierra para cubrir la roca desnuda, porque de lo contrario al chocar los proyectiles enemigos producirían chispazos y lanzarían fragmentos de piedra.

10. No se había emprendido ningún trabajo en los intervalos existentes entre las obras indicadas. Es verdad que existía la muralla china, muy bien aplicada al terreno, pero resultaba inútil sino se efectuaban en ella importantes reparaciones.

11. Tampoco existían las baterías intermedias.

De la descripción que precede se deduce que en el momento de la declaración de guerra Port-Arthur se encontraba inerme. Por consiguiente, se impuso la necesidad de crear á toda prisa una fuerte línea defensiva, valiéndose de los escasos recursos disponibles y pasando por encima de toda consideración de carácter secundario.

No perdiéndose nunca de vista que el enemigo podía desembarcar de un momento á otro en los alrededores de la plaza, y que nuestra escuadra era impotente para impedir el desembarco, fué menester comenzar los trabajos, disponiéndolos de tal modo que, sin perjuicio de perfeccionarlos luego gradualmente, se pudiera romper el fuego cuanto antes. Excluyendo los fuertes á medio construir y la muralla china en ruinas, se carecía de posiciones fortificadas para infantería, y la construcción de ellas fué el primer objetivo, de modo que quedaran guarnecidas las localidades más importantes. La gran dureza del terreno no permitió construir desde luego atrincheramientos de perfil completo ó escalonado, por lo cual se los limitó á trincheras para tirador de pie, dejando para más adelante, cuando estuvieran terminadas las obras principales, el perfeccionar dicho perfil. En la construcción de estas trincheras se tuvo en cuenta que convenía ocultarlas todo lo posible de las vistas, y como además era indudable que el tiro enemigo produciría más desperfectos en

las tierras sueltas que en el terreno natural, á los parapetos, formados con tierras de transporte, se les dió poca altura, y en compensación mayor profundidad á la trinchera. Por lo demás, en ciertos casos, con objeto de acelerar los trabajos en terreno sumamente duro, se prescindió de la trinchera y todo el parapeto se formó con tierra de transporte. En los lugares donde se habían de construir los abrigos proyectados, se excavaron trincheras lo bastante profundas para que el abrigo tuviera una altura de 1,83 metros, y la masa de tierra cubridora, cuyo espesor era de 90 centímetros, no sobresaliera del plano de fuegos. Para bajar al abrigo se tallaron escalones en las paredes ó en los lados.

El parque de artillería de la fortaleza era insuficiente para guarnecer debidamente las obras; por este motivo, resultó muy difícil la organización del frente de ataque probable.

Nadie sospechaba en la plaza que los japoneses, para apoderarse de la fortaleza, aplicarían en primer término el nuevo método de Sauer, creyendo algunos que apelarian al asalto contra nuestro frente de tierra inmediato al mar, por contar así con la protección de los cañones de su flota. Otros sostenían que nuestra escuadra desbarataría ese plan, y que el enemigo atacaría la parte central del frente, poniendo de este modo sus tropas á cubierto del fuego de nuestros barcos.

Parecida discordancia se manifestó al resolver la cuestión de distribuir la artillería en el perímetro defensivo. La distribución por igual de la artillería pesada en todo el frente, si bien hubiera dado fuegos en todas las avenidas, no hubiese permitido oponerse debidamente á un ataque regular. El armamento de los sectores de más probable ataque fué el siguiente:

1.—La batería de morteros del Lobo, 4 morteros de costa, de 9 pulgadas.

2.—La batería de Trasreducto, 4 piezas de 6 pulgadas y 1.966 kilogramos.

3.—El Gran Nido del Aguila, 2 cañones Canet de 6 pulgadas, sacados de los barcos.

4.—El Pequeno Nido del Aguila, 3 cañones de 42 centímetros en afustes altos de plaza.

5.—La batería letra A, 4 cañones pesados de 6 pulgadas y 3.112 kilogramos, en afustes sobre plataformas circulares.

(continuará)

CAPITÁN BARMIN

(Traducido del *Inshenernyi Shurnal* por J. A., comandante de Ingenieros)



ESCUDOS PARA INFANTERÍA

Es un axioma del arte de la guerra, que el primer deber de toda tropa

es ofender al enemigo, de suerte que las armas ofensivas han ocupado en todos tiempos el primer lugar. Cuanto más eficaces van siendo esas armas, tanto más difícil resulta el causar quebrantos al adversario sin exponerse á la destrucción propia; de suerte, que aparece un segundo principio fundamental: no se puede ofender al adversario si antes se pierde la vida, luego la conservación de ésta (no de la vida humana, sino de la vida de una tropa) debe ser la primera necesidad á llenar.

De aquí los reglamentos tácticos, cuyo objeto no es otro que el de causar muchas bajas en el adversario á costa de pocas en el ejército propio; de aquí uno de los más firmes puntales de la ofensiva, fundada en que el ataque resuelto desmoraliza al adversario y no le permite obtener todo el rendimiento posible de sus armas. Todo lo que significa inmovilidad ó paralización en los momentos del ataque es sinónimo de destrucción material y agotamiento moral, de donde se deduce que es menester aumentar y no disminuir la movilidad y elasticidad de las dos armas á cuyo cargo corren los ataques: infantería y caballería.

Aunque no se ha dicho la última palabra sobre la materia y la cuestión se presta á grandes controversias, es dudoso que en una campaña cuyos caracteres no sean los particularísimos de la ruso-japonesa, las líneas de ataque puedan y sean capaces de excavar trincheras durante el avance, y empleen la fortificación como auxiliar directo de la ofensiva.

En compensación, el defensor hará uso de ella siempre que esto le sea posible, lo cual aumentará los sacrificios del atacante.

Fuera de las fracciones empeñadas en el ataque, todas las demás, personal y material, han de resguardarse del fuego enemigo: la infantería y la caballería, para coadyuvar al asalto en el momento oportuno, con todas sus fuerzas disponibles y conservando su buen espíritu; la artillería, para no interrumpir su tiro en los instantes mismos en que sea más útil á las columnas de ataque. La infantería y la caballería se abrigan en las desigualdades del terreno, y á falta de ellas en obras ligeras de fortificación; la artillería, más expuesta que las reservas de aquellas armas, acude á los mismos reparos naturales, y á la puntería indirecta. Pero no bastándole esos medios de protección, por la necesidad de llevar su acción al último límite, ha ideado los escudos y corazas, que protegen á las piezas y sirvientes contra casi todos los proyectiles.

En una batalla de encuentro no será menester extremar más la protección, porque la falta de élla afectará por igual á los dos partidos; pero no sucederá lo mismo cuando se trate de una posición atrincherada, aunque sea con obras rápidas y de campaña, caso que sin duda se presentará con muchísima frecuencia, con la misma que en las pasadas, en las guerras futuras.

Pero en lo porvenir el efecto de la artillería de campaña será mucho menos acentuado que antes, concurriendo á este fin, primero, la debilidad

de los relieves y el insignificante perfil de las obras de fortificación, y, en segundo lugar, el amplio uso que se hará de las defensas accesorias. La destrucción de éstas no puede encomendarse á la artillería, y será empresa difícilísima—según se demostró en la Manchuria—si la ha de realizar la infantería, en particular si el defensor cuenta con ametralladoras.

En tales casos, los japoneses acudían á menudo á escudos ó manteletes que les permitían acercarse á corta distancia de las líneas enemigas, pero esos manteletes, improvisados, toscos y deficientes, sólo dieron medianos resultados.

Si la defensa ha perfeccionado sus medios de acción ¿no es lógico que el ataque perfeccione también los suyos? Dedúcese, pues, la necesidad de que se estudie un escudo portátil y ligero para la infantería, dotando de un cierto número de ellos á cada unidad de esta arma, lo mismo que se la ha dotado de útiles para la remoción de tierras.

No se trata aquí de encontrar un tipo de escudo completamente invulnerable á las balas de fusil y que forme parte del equipo de cada soldado. Aunque se llegara á encontrar un escudo de esta naturaleza, probablemente su adopción general no sería ventajosa, por lo menos con el actual estado de la industria, que no permite gran resistencia con cortísimo peso. Cuantos inventores se han propuesto resolver este último problema han fracasado en sus tentativas. Y es probable que continúen fracasando, porque si bien andando el tiempo será posible fabricar un escudo ligero y resistente, como el progreso de las armas de fuego se acelerará más cada vez, es de presumir que la fuerza de penetración de los proyectiles crecerá más rápidamente que la de resistencia, á igualdad de peso, de los escudos.

El verdadero problema práctico que interesa resolver es más modesto. No se pretende dotar de escudos á todos los infantes, sino á un cierto número de ellos, y para el desempeño de cometidos especiales. Así restringida la cuestión, creemos que no sería difícil dar con una solución satisfactoria.

Hora es de que en presencia del aumento en los efectos de destrucción del armamento moderno, cuando se considera indiscutible la necesidad de proteger eficazmente las piezas de artillería, y en vista de que la defensa ha robustecido los obstáculos artificiales en qué apoyarse, se haga algo en el sentido de facilitar el papel, cada día más arduo y espinoso, que compete á la infantería en el ataque.

J. F. H.



EL CUIDADO DE LOS PIÉS DEL SOLDADO

Aunque las alpargatas, en uso en nuestro ejército por los cuerpos á pie, descartan muchos de los inconvenientes del calzado ordinario, no dejan de tener aplicación en España algunas de las observaciones del siguiente artículo, que traducimos del *Journal of the Royal United Service Institution*.

Se cuenta que un famoso general dijo que casi todas las batallas se ganan con el estómago del soldado; pero es una verdad igualmente cierta que muchas batallas se ganan ó se pierden con los piés del soldado.

El soldado es enteramente incapaz de emprender un vigoroso y rápido ataque después de una larga marcha forzada, si sus piés están cansados y doloridos; y las estadísticas de las maniobras enseñan que gran número de hombres se dan de baja, á causa de dolores en los piés, después de cada marcha de 25 á 35 kilómetros, sin contar otros muchos que no figuran como enfermos pero que padecen de los piés. Esta contingencia puede disminuir en alto grado la eficacia del ejército en tiempo de guerra, cuando, por ejemplo, el resultado de una batalla depende de la facilidad de uno de los dos bandos para alcanzar antes que el otro un punto ventajoso, y es indudable que, á igualdad de las demás condiciones, el bando que tenga mejores piés llevará ventaja.

El defecto expresado proviene sencillamente del poco cuidado en la conservación de los piés de la tropa en tiempo de paz, precisamente á una edad en que importa mucho no descuidar el menor detalle. Un recluta, cuando se alista, tiene ó, mejor dicho, debería tener, un pie libre de deformidades ó defectos; sus piés empeoran antes que ganan durante su periodo de servicio. Si los piés de cualquier batallón de infantería fuesen examinados, sería raro encontrar un hombre sin alguna ligera deformidad.

Una causa notoria de esto es el sistema ó mejor la falta de sistema de calzar bien al recluta cuando se alista. Al presentarse en el depósito regimental, el recluta, con arreglo al reglamento, recibe dos pares de zapatos, examinados como adecuados por el oficial de su compañía. Los dos pares de zapatos han de durar un año, y admitiendo que ajusten perfectamente á los piés, se ha de recordar que el recluta cuando se alista aún no está completamente desarrollado, de modo que en el primer año es probable que sus piés crezcan, resultando que el segundo par de zapatos le será pequeño. Para evitar ese inconveniente, se acostumbra en algunos depósitos el dar al recluta dos pares de zapatos de diferente medida, pero aunque esto remedia hasta cierto punto la dificultad, no deja de suceder que los piés del recluta no crecen exactamente lo preciso para que le esté bien el segundo par.

Por reglamento, los borceguíes de tropa se clasifican en 9 medidas y 4 magnitudes, división suficiente para los piés normales, aunque no para los soldados cuyos piés adolezcan de alguna peculiaridad; en tal caso, un diestro zapatero modifica fácilmente el calzado.

El sistema de «medida especial», tolerado por el reglamento, no da buenos resultados y á menudo es inútil.

Esto trae por la mano la cuestión de saber por qué es más necesario tener un «maestro sastré» para examinar el corte correcto del uniforme de un recluta (lo cual puede hacer cualquier oficial ó sargento), que tener un «maestro zapatero» para adaptar el calzado á las necesidades y peculiaridades individuales.

Para hacer borceguíes que sienten bien precisa destreza. Los zapateros paisanos podrían ser alistados como «maestros zapateros» bajo las mismas condiciones que los «maestros cocineros» y los sargentos armeros...

Habiéndose legislado sobre el calzado y los calcetines—yo añado calcetines, porque requieren tanta atención como los borceguíes del soldado,—he de considerar el modo de evitar los padecimientos más comunes de los piés, con objeto de que el soldado pueda efectuar largas marchas, tanto en maniobras como en tiempo de guerra. Para esto es absolutamente necesario un buen sistema de «pedicuros»; y por «pedicuro» no significa meramente un hombre que sabe cortar callos y durezas, sino un hombre familiarizado con todos los pequeños padecimientos á que está sujeto el pie del soldado, y está capacitado para tratar y evitar tales padecimientos. Además, debe estar revestido de cierta autoridad y tomarse interés en sus funciones.

En el reglamento actual de pedicuros, se fija que un hombre por batallón de infantería ó depósito, después de haber obtenido un certificado de suficiencia, puede ser nombrado pedicuro del batallón, con una gratificación de 50 céntimos diarios, pero sin relevarle de los demás servicios. Este hombre puede ser presentado como el tipo de un instrumento inútil, y á menudo depende exclusivamente de él hacer mucho ó hacer poco, y en algunos casos nada. En cierto batallón de infantería había un pedicuro empleado como enfermero, hacia algunos años. Indagué los motivos de que se le hubiera dado tal destino, que le obligaba á permanecer todo el día en el hospital, y me dijeron que era ya viejo y se le había nombrado pedicuro para que tuviera mayor sueldo, pero que ¡nunca había sido pedicuro!

Para que sus servicios sean útiles, es menester un pedicuro por compañía. Debe ser cabo, inteligente, bien instruido y que se interese mucho en sus funciones. Sus deberes han de ser claros y serle explicados concretamente, y cada semana, bajo la vigilancia del oficial de la compañía, ha de pasar una revista á los piés desnudos de la tropa, examinando su

estado de limpieza y su tendencia á callos, vegigas, etc. Cualquier soldado que padezca tales molestias debe ser curado en el acto, é instruido enseguida á evitar que vuelvan á aparecer.

Antes de las maniobras ó de un servicio activo, el pedicuro enseñará á la compañía el modo de usar una cualquiera de las numerosas preparaciones que existen para endurecer los piés, y aquellos soldados que se haya visto tienen propensión á padecer de los piés, habrán de presentarse diariamente al pedicuro para que los aconseje ó aplique un tratamiento preventivo.

El individuo que, en estas condiciones, alegue durante las marchas que no puede seguir ó se quede rezagado, y que previamente no se haya presentado al pedicuro, debe ser castigado, como sucede en el ejército alemán. El grande error de muchos es el de ver en el pedicuro un simple cortador de callos, mientras que, por el contrario, sólo en muy pocas ocasiones se dedica á esta ocupación, puesto que instruye á los hombres cómo deben extirpárselos ellos mismos; su principal misión es la de enseñar á la tropa á prevenir todo linaje de padecimientos de los piés, y aconsejar y tratar cualquier caso que ocurra.

Particularmente, yo ensayé el sistema de los pedicuros de compañía durante las maniobras de Salisbury en 1904, y contrasté el resultado con un regimiento en el que nadie se había preocupado de los piés de la tropa, y que carecía de pedicuros.

Un sólo caso basta para demostrar la superioridad en la marcha de un batallón cuyas compañías tengan pedicuros. Hicimos una marcha de cerca de 50 kilómetros en un mal terreno, con un vivac intermedio. Ambos regimientos cumplieron el mismo servicio, marcharon exactamente la misma distancia, y tuvieron los mismos ejercicios preliminares. A la mañana siguiente al regreso al campamento, el batallón al que yo había dotado de pedicuros, y en el que éstos tenían polvos, unguentos, etc., para aplicar durante la marcha, tuvo el 2.5 por 100 de bajas por dolencias de piés, mientras que el otro batallón tuvo el 25 por 100. Estos números son muy elocuentes; además, los hombres enfermos eran casi todos reclutas recientemente incorporados y no acostumbrados á las marchas, y su enfermedad no excedió de un par de días; de todos modos, y mírese como se quiera, se prueba con esto lo mucho que puede hacerse en beneficio de la eficiencia del soldado si se presta la debida atención al cuidado de sus piés.

C. R. BRADLEY
Teniente R. A. M. C.

